

BREVE HISTORIA DE AL-ÁNDALUS

Ana Martos Rubio



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de al-Ándalus*
Autor: © Ana Martos Rubio

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN edición impresa 978-84-9967-476-6
ISBN impresión bajo demanda 978-84-9967-477-3
ISBN edición digital 978-84-9967-478-0
Fecha de edición: Marzo 2013

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-3107-2013

*A mi madre,
que era de Córdoba,
y a mi padre,
que era de Granada.*

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. El imperio de las mil y una noches	15
Ismael e Israel	16
La época de la ignorancia	19
La lengua que hablan Dios y los musulmanes	21
La Kaaba	23
El sagrado Corán	24
La Hégira	28
Invítales a abrazar el islam	32
El reparto de la herencia del Profeta	34
La guerra santa	39
Bagdad, ciudad redonda y centro del mundo	41
El islam frente al cristianismo	46
El álgebra y los algoritmos	47
Mahoma frente a Aristóteles	51
El laúd de Sukayna	53
Bellas fábulas para contar feas verdades	55

Capítulo 2. La isla de los Vándalos	59
El moro Muza	60
La mesa de Salomón	63
La cuestión judía	66
La sociedad hispano-visigoda	68
Los witizanos	71
Florinda la maldita	74
La batalla del Guadalete	76
Tarik se queda	81
Las lamentables apostasías	84
Dimmí, enemigo de Alá, paga la <i>chizia</i>	89
Los monasterios	96
La viuda de don Rodrigo	97
Capítulo 3. La ciudad de las tres culturas	103
Los descendientes del Profeta	104
Isbaniya	110
El príncipe advenedizo	112
Los gigantes del espíritu	118
El barrio de los Andaluces	119
El campo de la estrella	121
Líbrenos Dios de la furia de los hombres del norte ..	128
Un adorno para las murallas cordobesas	131
Otra rebelión, la de los muladíes	133
Mi amor hará que nieve	134
La ciudad efímera	136
Córdoba en los siglos X y XI.....	142
Sancho el Gordo	145
Una vasca en el harén	146
La ambición de un escribano	149
La Noche del Destino	153
El Mangas	156
Capítulo 4. El imperio de los cinco sentidos	159
Los aromas de al-Ándalus	160
Evocación del Paraíso	163
El <i>hamam</i>	165

Una favorita por un palacio	166
De amor y música	169
Ni paganos ni infieles	174
Épica castellana y lírica sevillana	181
La medicina islámica	187
Noches toledanas	193
Capítulo 5. ¡Santiago, y cierra, España!	199
Entre mitos y realidades	200
La Cruz de la Victoria	204
Las cien doncellas	207
Nacen los reinos cristianos.....	208
La jura de Santa Gadea	211
Nace la monarquía castellana.....	215
La ofensa que dividió un reino	219
Baños para ablandar las carnes.....	220
Más feos que Satán con todo su convento	222
¡Viva el emperador de las Españas!	228
Los almohades	230
La Cruzada	232
Fueros y donadíos	237
Si no tenéis arma para consumir la iniquidad, ahí va la mía.....	240
España	245
Capítulo 6. El Suspiro del Moro.....	247
Cruces y coranes	250
La Roja	251
El Salón de los Abencerrajes	254
Las torres-palacio	257
El mirador de Lindaraja	259
Granada ya no labra oro ni plata	261
Vivirá mucho para padecer mucho	264
La Cuesta de las Lágrimas.....	268
Bibliografía	273

Introducción

En el siglo VIII, España se llamó al-Ándalus y constituyó la provincia más occidental de Dar al-Islam, un inmenso territorio que se extendía desde Persia hasta el Atlántico, cuyos habitantes oraban cinco veces al día en lengua árabe, dirigiendo sus plegarias hacia La Meca.

Diversas teorías señalan diferentes orígenes para el nombre de al-Ándalus. El más convincente podría ser el derivado de «La isla de los Vándalos», *tamurt Vandalus* en bereber y, en árabe, *al-jazirat al-Andalus*. Los vándalos abandonaron la península ibérica por el estrecho de Gibraltar para establecerse en la actual República Tunecina, donde dejaron no pocos vestigios de la cultura romana y de un refinamiento que en nada avala la connotación que su nombre ha alcanzado en nuestros días.

Según otros autores, al-Ándalus también podría ser la traducción árabe de «isla del Atlántico o Atlántida»,

que es el nombre que Platón dio a una isla mítica que se suponía próxima a la península ibérica.

El lector observará que muchos nombres árabes, tanto de personajes como de ciudades, son diferentes a los que encontrará en distintos libros. Esto se debe a la transliteración de los nombres a las distintas lenguas. Por ejemplo, si se ha transliterado al francés, encontrará el nombre de Marouan; si se ha transliterado al inglés, lo encontrará como Marwan, y, si se ha transliterado al castellano, lo encontrará como Maruán. El mismo nombre escrito de tres maneras.

Se escriban como se escriban, los personajes, la cultura y las vivencias de al-Ándalus vinieron y se marcharon, pero nos dejaron una huella indeleble que se refleja en nuestras construcciones, en nuestras costumbres, en nuestra lengua, en nuestra fisonomía, en nuestra gastronomía y en nuestra idiosincrasia.

1

El imperio de las mil y una noches

Mi amada, cuando está sola y no teme a los celosos,
descubre sus brazos rollizos y firmes como los
miembros de una joven camella,
cuyo color es de un blanco puro, cuyo seno no ha
concebido jamás.
Su talle me hace perder la razón.
Sus piernas son semejantes a dos columnas de mármol
y están adornadas con anillos entrelazados que dejan oír,
cuando anda, un murmullo muy agradable.

Moallaquat

Arm Ben Kolthum

Los *Moallaquat* o *Mu'allaqat*, 'poemas suspendidos', son una colección de poemas de los primeros tiempos de la literatura árabe, atribuidos a siete poetas y transmitidos por vía oral. Contienen una enorme riqueza de imágenes, de descripciones inspiradas y de color local. Recuerdan la vida nómada de los beduinos y se

remontan al siglo VI. Pertenecen, por tanto, a los tiempos de la idolatría anterior al islamismo, a los tiempos que han pasado a denominarse «la época de la ignorancia», cuando el mundo árabe aún ignoraba el Corán, tiempos prehistóricos de la civilización árabe, en que la poesía marca la creatividad, porque dejaron a la posteridad una rica herencia de palabras recitadas.

ISMAEL E ISRAEL

Dos años después del diluvio, cuando Sem, hijo primogénito de Noé, contaba cien años de edad, engendró a Arpaksad, de cuya genealogía nacería siglos más tarde Abraham, el patriarca. En su tierra natal, Ur de los caldeos, tomó Abraham por esposa a Sara, pero Yahvé le ordenó dejar su casa paterna y partir para la tierra de Canaán, prometiéndole que de él nacería una nación grande y que en él serían bendecidos todos los linajes de la Tierra.

Pasó el tiempo y la promesa divina no se cumplía, porque aquella pareja destinada a poblar un país no conseguía concebir un hijo. Entonces, Sara entregó a su marido a su esclava egipcia Agar, para que la tomara como mujer y concibiese hijos en ella. Pero, una vez que se vio encinta, la esclava miró al ama con desprecio y el ama, enfurecida, la arrojó lejos de su hogar.

Abandonada en el desierto, Agar creyó morir pero el ángel del Señor vino a ella para advertirle que de su vientre nacería un hijo al que llamarían Ismael y cuya posteridad sería tan numerosa que no se podría contar. «Este hijo será como un onagro humano», le dijo, «su mano contra todos y todos contra él y enfrente de todos habitará». Con esta promesa volvió Agar a someterse a su ama y dio a luz a su hijo sobre las rodillas de Sara, quien lo recibió como hijo propio.



Ismael fue el hijo primogénito de Abraham, nacido de una esclava, pero cuando nació Isaac, concebido en su mujer Sara, esta le exigió expulsar a Ismael y a su madre para que no disputasen la herencia a su hijo propio. Así vio Guercino el repudio de Agar e Isaac. Pinacoteca di Brera, Milán.

Pero, pasado un tiempo, quiso Yahvé que también Sara quedara encinta, aunque su edad era avanzada y su período fecundo había desaparecido tiempo atrás. Y fue con este hijo y no con Ismael con quien Yahvé aseguró que establecería su alianza. Cuando llegó el momento de destetar a Isaac, el hijo de Sara, ella exigió a Abraham que expulsara de casa a la esclava y a su hijo, pues no debía repartir su herencia.

Así se vio Agar forzada por segunda vez a abandonar su hogar y a vagar por el desierto de Beersheva, junto con su hijo Ismael, un odre de agua y un pan. Cuando terminó sus exiguas provisiones, Agar invocó a Dios para que no permitiese morir a su hijo y Dios escuchó su ruego, abrió ante ella un pozo y llenó su bolsa de alimentos. Protegido por Yahvé, Ismael vivió en el desierto de

Parán, desposando, en su momento, a una mujer egipcia de la que nació la abundante descendencia que el Señor le había prometido. De su genealogía nacieron doce príncipes para las doce tribus del desierto y sus descendientes habitaron la región que se extiende desde Javilá hasta el sur, que está frente a Egipto en dirección a Asur, estableciéndose enfrente de todos sus hermanos.

Esto es lo que cuenta el *Génesis*, pero ya sabemos que los libros de la *Biblia*, como casi todas las antiguas epopeyas, relatan la historia en forma de mitos. El mito de Agar es, sin duda, el origen de la eterna querrela entre árabes y hebreos, entre Ismael e Israel, porque Israel es el nombre de Jacob, hijo de Isaac y progenitor de las doce tribus de Israel, como Ismael lo fue de las doce tribus del desierto.

Veinte siglos pasaron desde el nacimiento mítico de Ismael hasta el nacimiento histórico de Mahoma. No se ha podido establecer la línea recta que conduce del primero al segundo, pero la tradición ha dado la ascendencia por segura. Hay que tener en cuenta que los árabes guardan su genealogía, que se remonta a la generación más lejana, y no solamente guardan la suya, sino la de su caballo. Y han podido guardarla porque se han mantenido puros a través de los siglos, como ismaelíes o agarenos libres sin mezcla de individuos de otras civilizaciones.

Ninguna de aquellas naciones poderosas que en la Antigüedad construyeron imperios sobre pueblos conquistados logró penetrar en Arabia. Las expediciones romanas se estrellaron contra los inmensos océanos de arena que los árabes emplearon como salvaguarda. Apenas se aproximaba un invasor, los habitantes de los aduares levantaban sus tiendas, aparejaban sus camellos y sus caballos, cegaban los pozos que iban a dejar atrás y se internaban en el terrible desierto, dejando a los asaltantes extenuados en una inmensidad abrasada por el sol, sin agua, sin árboles y sin senderos.

LA ÉPOCA DE LA IGNORANCIA

Se distinguen en el extremo suroccidental de Arabia dos áreas geográficas; una de ellas es una inmensa llanura desierta, sin árboles ni ríos, y, la otra, un área montañosa rematada por una franja litoral que separa las montañas del mar. El clima es desértico en la llanura, pero las montañas ofrecen la sombra acogedora del oasis. Allí florecieron, en el primer milenio antes de nuestra era, numerosos reinos independientes, entre ellos, los de Saba y Palmira, de cuyas reinas se cuentan tantas historias y leyendas, y al norte la tierra de Edom alojó el reino de los nabateos, que desapareció antes de la llegada del islam dejándonos las maravillas del desierto rosado de Petra.

En lo que a nuestra historia atañe, aquella región fue el semillero del que surgieron los pueblos semitas a los que hemos llamado acadios, babilonios, fenicios, sirios, hebreos, cananeos o árabes. Todos con una lengua, una gramática y un vocabulario comunes. Por eso, el *Génesis* hace a todos ellos descendientes de un mismo tronco, Sem.

Desde el desierto, verdaderos enjambres humanos emigraron en la Prehistoria hacia la zona que hace frontera con Siria, donde el desierto se suaviza ofreciendo pozos y fuentes que dan riego a las palmeras. A su sombra se construyeron los primeros aduares, formados por tiendas y chozas de cañas y barro. Y allí se inició una nueva vida sedentaria junto a los huertos y a los cercados para el ganado, en los valles fértiles donde se cultiva el mijo y el café y donde el árbol del incienso crece de forma espontánea trepando por las laderas de los montes.

Nuevas hordas semitas fueron llegando sucesivamente del sur, escapando del desierto con sus camellos y sus ovejas y empujando más hacia el norte a los grupos

LA LENGUA QUE HABLAN DIOS Y LOS MUSULMANES

Leed el nombre de Alá; apreciad que Él os ha enseñado el uso de la pluma.

Corán, XCVI, 3 a 4

Cuando Dios decidió poblar la Tierra, esparció por ella numerosas criaturas entre las cuales repartió sus dones, dando a los griegos la belleza, a los chinos la habilidad manual y a los árabes la superioridad lingüística. Y ellos supieron conservar esa perfección a través de los siglos porque sus sabios dicen que la lengua no es humana, sino de origen divino y que ya Adán hablaba árabe cuando vivía en el Edén.

Entre los árabes, la palabra oral y más tarde escrita ejerció un gran influjo en el desarrollo de tradiciones y costumbres. El sentido de la imagen y del ritmo es inherente a la naturaleza de los hijos del desierto, que fueron poetas antes de tener poesía y fueron narradores elocuentes antes de tener literatura. Para los árabes, el verdadero maestro es el que habla y seduce con su palabra. De ahí vinieron el poder y la fascinación de Mahoma, que, aun siendo iletrado, aprendió el arte de convencer antes de lanzarse a predicar las revelaciones divinas.

Si Adán transmitió a los árabes su lengua hablada, la tradición afirma que la escritura se debe a Hymiar, hijo de Yuktán que fue rey de Yemen y dio su nombre a una lengua semítica que se habló hasta el siglo X, un alfabeto muy antiguo utilizado ya en las inscripciones de las estatuillas de alabastro de los reyes yemeníes, así como en algunas estelas votivas que agradecen a los dioses su intervención en el éxito de asuntos terrenales.

Pero la escritura árabe solamente se perfeccionó cuando se inició la transcripción del Corán, ya en el siglo VIII, agregando puntos para indicar las vocales breves porque, hasta entonces, solamente las consonantes y las vocales largas tenían derecho a ser escritas. Entonces, los lingüistas se convirtieron en artesanos de la lengua árabe para preservar el libro sagrado de modificaciones o alteraciones de dialectos contaminados por lenguas extranjeras. Téngase en cuenta que varios versículos del Corán señalan que el texto fue revelado a Mahoma en árabe puro y que nunca se ha admitido traducción alguna a otros idiomas. Con ello, consiguieron unificar la lengua de toda la península arábiga, arrinconando las otras lenguas y dialectos para hacer surgir una lengua única y gloriosa, la *lughá*. Y, con la expansión del islam, consiguieron también convertir el árabe en una lengua internacional no solamente para la religión, sino para la civilización. Es la lengua oficial de todos los países que hoy llamamos «árabes», con excepción de la lengua persa que se conserva en el actual Irán.

Según cuenta José Pijoán, los árabes conocieron la técnica de fabricar papel antes que otros pueblos orientales, ya que ninguno de los escritos islámicos tiene forma de rollo, sino que siempre está contenido en libros encuadernados. Los libros son objeto de veneración porque de ello se ocupó el Profeta reflejando en el Corán la importancia de aprender de los libros. Mahoma se confesó iletrado, pues tuvo que oír de viva voz las noticias e historias que le leían los que eran capaces de hacerlo. También tuvo que recitar de memoria las instrucciones que recibió de sus visiones angélicas. De ahí que muchas de las narraciones del Corán sean inexactas, pero el Profeta nunca trató de contar realidades, sino ejemplos de lo que Dios quiere que seamos y de lo que quiere que hagamos.

LA KAABA

Según la tradición musulmana, fue el mismo Abraham quien mandó construir el templo de la Kaaba durante una peregrinación a Arabia, en un tiempo en el que las gentes practicaban todavía el politeísmo y creían en numerosos dioses. Como todos los pueblos primitivos, los árabes practicaban cultos solares y estelares y adoraban árboles y piedras. La Piedra Negra, una piedra de origen meteórico engastada en plata y empotrada en el ángulo oriental de la Kaaba, podría ser un vestigio pagano preislámico, aunque algunas tradiciones aseguran que Ismael apoyó en ella su cabeza cuando vivió con su madre en el desierto de Parán y afirman que recibió esta piedra del ángel Gabriel. No es un objeto de adoración (los



Antes del islam, los pueblos de Arabia eran politeístas y utilizaban la Kaaba para adorar a sus numerosos dioses. Esta es la Sagrada Trinidad de Palmira, formada por el dios lunar, el dios solar y el dios supremo, siglo I. Museo del Louvre, París.

musulmanes, como los judíos, adoran exclusivamente a Dios) ni se le atribuye valor sobrenatural alguno, pero cuentan que Mahoma la besó, aunque apostillando «no me olvido de que eres una piedra, por lo cual, no puedes hacer ni el bien ni el mal», y, puesto que el Profeta la besó, también muchos musulmanes la besan.

Pero la Kaaba fue al principio un templo pagano que alojó, junto con la Piedra Negra, la figura del patriarca, más las de las sublimes diosas a que alude el Corán y otras muchas divinidades árabes. Mahoma tuvo que luchar contra el politeísmo y la idolatría, como, según la tradición judía, tuvo que hacerlo Moisés.

La ciudad de La Meca, que hoy aloja la Kaaba y es centro mundial de peregrinación musulmana, fue construida en el siglo V, pero el valle en que se asienta, el valle de la Meca, fue frecuentado durante siglos por numerosas tribus que se agrupaban en torno a la Kaaba y sus líderes se enorgullecían de reclamar la custodia y administración del templo, que pasaba de una tribu a otra.

Como la Kaaba fue, desde el principio, alojamiento de dioses paganos, hay quien afirma que Mahoma tuvo la intención de destruir el santuario, pero optó por respetar tan importante lugar, sagrado para todas las tribus árabes, y prefirió atribuir su construcción a los patriarcas. Por eso, el versículo 98 del Corán señala que Dios estableció la Kaaba como refugio de todos los hombres y el versículo 11 afirma que Abraham e Ismael pusieron sus cimientos.

EL SAGRADO CORÁN

No obstante la presencia de numerosas deidades en torno a la Kaaba, llegó un tiempo en que el mundo árabe precisó un soplo de espiritualidad y un impulso certero que redirigiera sus pasos por el buen camino,



Mahoma coloca la Piedra Negra en la Kaaba. El Profeta colocó la Piedra Negra sobre una alfombra, en el ángulo oriental de la Kaaba, para terminar con la disputa existente acerca de qué tribu debía colocarla en el santuario. Esta ilustración de 1315 se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

porque la codicia, la inmoralidad y la insensibilidad se habían adueñado de él. Los dioses paganos, las piedras, los astros y los espíritus habían relegado a Alá, el dios supremo, a un rincón del Olimpo y la ciudad de La Meca, rica y próspera, estaba gobernada por una clase clerical ávida y codiciosa que ejercía un poder tiránico y sanguinario y gozaba de los mayores privilegios, habiendo desterrado a los pobres y a los humildes a los barrios periféricos desolados y miserables. Para colmo, la peregrinación se había convertido en un negocio.

En semejante caldo de cultivo surgió la figura de Mahoma, que nació huérfano y pobre, con una mancha blanca ovalada entre sus omóplatos como una señal

mística que los adivinos árabes, los rabinos judíos y los monjes cristianos trataron de interpretar cuando su ama de cría, Halima, le alimentaba en la ciudad de La Meca porque su madre, exhausta y enferma, nunca tuvo leche para amamantarle.

Recogido por su tío Abu Taleb tras la temprana muerte de su madre, Mahoma creció entre la virtud y la estima de su familia. Muy joven, se casó con su prima Jadicha, que ya era viuda y madre y quince años mayor que él, y en la que Mahoma encontró sensatez, afecto y nobleza de carácter. Jadicha fue el puntal del Profeta en su lucha contra la incredulidad, la idolatría y el menosprecio de las gentes cuando Mahoma sintió la llamada divina para reconducir al mundo árabe hacia la santidad y el amor, porque ella siempre mantuvo la confianza en la misión de su esposo.

El Corán es el libro sagrado en el que Mahoma recogió los deberes que el hombre tiene para con Dios. El islam es la religión que Mahoma fundó para el mundo árabe y que implica la sumisión al Todopoderoso y la entrega de toda la actividad humana a las reglas inexorables de la divinidad. El islam surgió como una religión y una cultura que pronto se convirtieron en un sistema económico, social y político del que surgió un Estado que hizo del Corán su Constitución. Acabó con la diferencia de clases absorbiendo individualidades y distinciones para formar una sociedad igualitaria y protectora que aplica la igualdad rasa de los beduinos, una sociedad cuyo cincuenta por ciento, las mujeres, se mantienen en una infancia eterna y cuyo restante cincuenta por ciento disfruta de todos los privilegios, pero también carga con todas las responsabilidades sobre sus espaldas.

La parte más antigua del Corán es una prosa rimada con imágenes vívidas y persuasivas que describe las visiones del Profeta repletas de colorido, como el Juicio



El Corán es el libro sagrado de los musulmanes y se convirtió en la Constitución del Estado islámico. Página de un Corán andalusí.

Final o los milagros de la Naturaleza que demuestran la existencia y la acción de Dios. Hay otra parte narrativa que relata la lucha de Mahoma contra los incrédulos, su cólera implacable contra los que rechazaron su prédica y su anuncio de felicidad eterna para los que le creyeron y le siguieron, los que formaron el partido de Dios, *hezbollah*, y lucharon contra los escépticos. Hay también una parte legislativa con textos directos y precisos, exentos de poesía o rima, que regulan el comportamiento familiar y social y marcan el código a aplicar para resolver los problemas, señalan las penas para las transgresiones y exhortan a la virtud.

El Corán habla de caridad, de compasión y de amor. Rechaza la usura, el robo y el asesinato. No invita al ascetismo ni a las privaciones, sino a gozar de la vida y a dar por ello gracias a Dios. No habla de perseguir creencias religiosas ni de imponer la religión a otros, sino que permite la libertad de culto. Únicamente reclama el castigo para los árabes que no abandonen el paganismo y rehúsen convertirse, porque el islam es para los árabes, para su mundo y para su cultura. La *yihad* es, por tanto, la capacidad para luchar en nombre de Alá contra los que no aceptan su mensaje, su mensaje árabe transmitido en lengua árabe, porque el islam es la cultura de los árabes, aunque no sean musulmanes.

LOS PILARES DEL ISLAM

Los pilares del islam son cinco:

1. El compromiso. No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta.
2. El ayuno en el mes sagrado del Ramadán.
3. La limosna a los pobres.
4. La oración cinco veces al día.
5. La peregrinación a la Meca una vez en la vida.

LA HÉGIRA

Pero el culto a los dioses adorados en la Kaaba estaba demasiado arraigado en la gente y las ganancias que las peregrinaciones y ceremonias religiosas reportaban a los líderes de La Meca eran demasiado sustanciosas para dejarlas de lado y escuchar la prédica de un visionario que había recibido un mensaje ultraterreno y había

entrevisto al mensajero a través de las veladuras de su propio misticismo.

Siglos atrás, el *Evangelio* había ya advertido de que nadie es profeta en su tierra y así le sucedió a Mahoma. Temiendo el final de la opulenta vida económica de La Meca, sus dirigentes presentaron una oposición tan ruda y poderosa a las propuestas religiosas de Mahoma que se desencadenó una fuerte persecución, lo que le obligó a exiliarse de su tierra natal para buscar refugio en la ciudad que desde entonces se llama Medinat al-Nabi, la ciudad del Profeta, y que conocemos como Medina. Este hecho sucedió en el año 622 y marcó el inicio del calendario musulmán. El año 622 de la era cristiana es el año de la huida de Mahoma, de la «Hégira» musulmana.

A diferencia de lo que le sucedió en La Meca, Mahoma fue recibido en Medina como enviado de Dios a quien todos deseaban alojar y a quien todos escuchaban con devoción y respeto. Pero él rehusó alojarse en casa de ricos y eligió el patio donde ponían a secar los dátiles unos jóvenes huérfanos, manifestando que «el hombre debe estar donde estén su camello y su montura».

Con los diez dinares que le prestó su suegro, Mahoma adquirió la humilde vivienda de los huérfanos y la convirtió en casa de oración. Erigidas junto a ella, las casas de ladrillo de sus esposas daban al patio y se cerraban con cortinas. Los viernes, el Profeta aparecía en una de aquellas puertas, se alzaba sobre un escabel de dos peldaños y desde allí dirigía los rezos de sus seguidores, que eran cada vez más numerosos. Al principio, las oraciones se pronunciaban mirando hacia Jerusalén, la ciudad santa que aloja el monte Moria, donde el ángel de Alá detuvo la mano de Abraham, que obediente se disponía a sacrificar a su primogénito Ismael. Pero Mahoma tuvo una nueva revelación que desde entonces dirigiría los rostros de los orantes hacia La Meca,

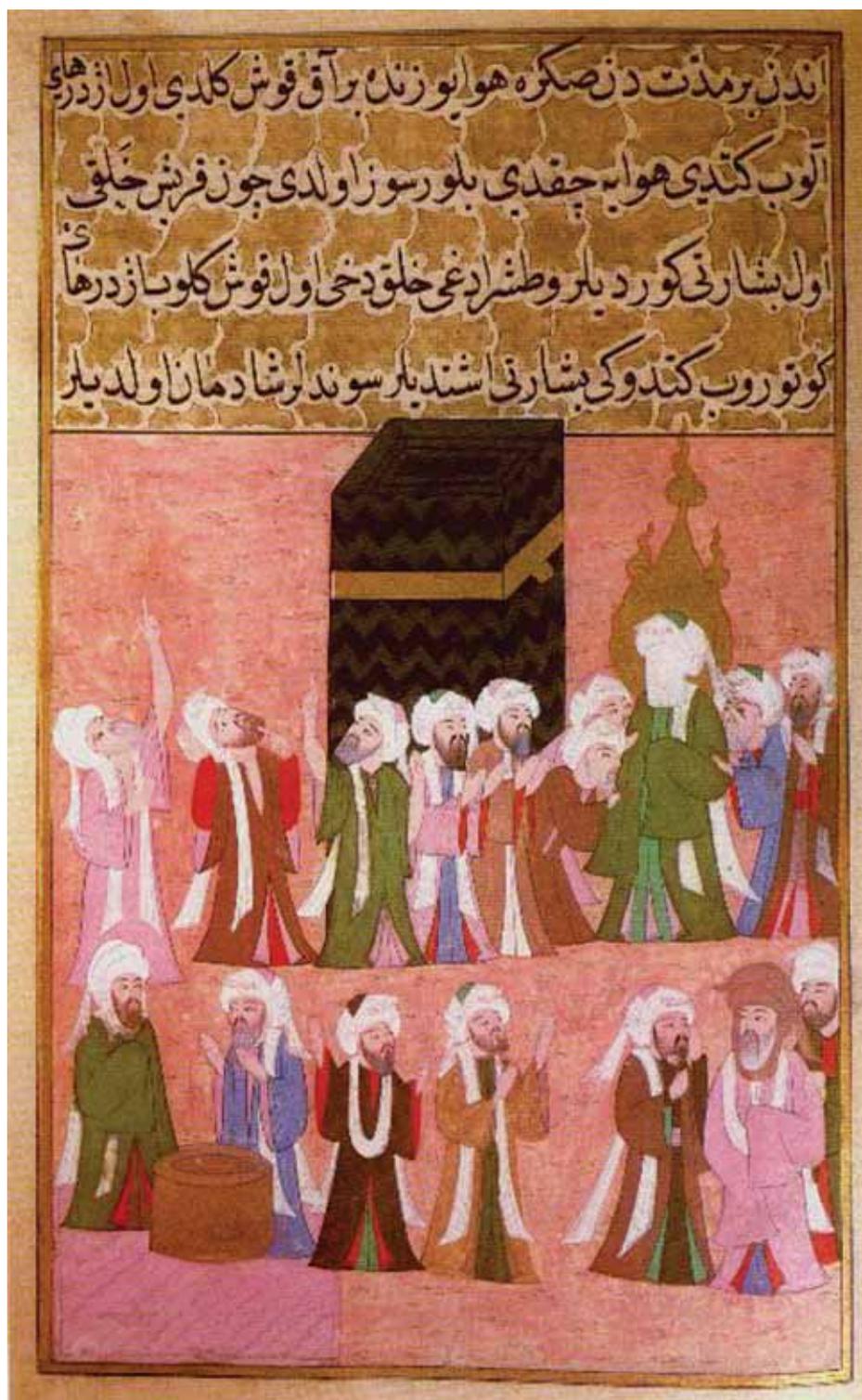
porque el Altísimo le señaló esa ciudad como el lugar más sagrado: «Volved vuestra faz hacia el Lugar Santo, donde quiera que os encontréis».

Con el tiempo, la casa de Mahoma se fue convirtiendo en casa de oración con pórtico para alojar a pobres y peregrinos. Fue la primera mezquita «fundada en piedad», porque la palabra «mezquita» significa precisamente ‘casa de oración’ y la Kaaba era más un lugar de ceremonias que de oraciones.

El Corán reprueba las imágenes y los ídolos, aunque su condena resulta pequeña al lado de la condena bíblica. La *Biblia* abomina de las imágenes porque ya dijo Isaías que no se puede asar la comida con un leño y adorar el resto del leño convertido en estatua; el segundo mandamiento de la Ley de Dios prohíbe representar cosa alguna que esté en el cielo ni en la Tierra ni en las aguas¹. La tradición musulmana asegura que, el día del juicio, los que pecan pintando seres animados serán castigados a infundir un alma a sus imágenes.

Es muy probable que el rechazo a las imágenes fuera fruto de la prevención para evitar que los creyentes volvieran a la idolatría y concedieran a las estatuas la veneración que solamente deberían reservar para la deidad. Recordemos que tanto Moisés como Mahoma tuvieron que luchar contra el paganismo, el politeísmo y la idolatría. De hecho, las ilustraciones de los libros musulmanes en que aparece Mahoma lo representan sin rostro o bien representan su rostro mediante una llama.

¹ «No harás imagen ni semejanza de cosa alguna que esté en el cielo ni en la tierra ni en las aguas, ni te inclinarás ante ella, ni la honrarás» (*Éxodo* 20 y *Deuteronomio* 5). El cristianismo lo cambió por «No jurarás su santo nombre en vano».



Mahoma (la figura sin rostro) entrando en la Kaaba para exterminar al dragón. Miniatura otomana de Siyer-i Nebi, siglo XVI. Museo Topkapi, Estambul. Imagen de Nakkas Osman.

INVÍTALES A ABRAZAR EL ISLAM

El islam se expandió merced a su tradición beduina, que le confirió la capacidad para negociar acuerdos de protección a cambio de tributos. Además, árabe es sinónimo de nómada, y a un nómada tanto le da instalarse en un lugar o en otro porque su instalación es temporal y lleva consigo cosas de poco peso y mucho valor con las que puede desplazarse rápidamente cuando las circunstancias lo requieren.

También contribuyó a esa rápida expansión la tolerancia del islam hacia las minorías religiosas, a las que convirtió en comunidades tributarias permitiendo sus cultos y ceremonias a cambio de un impuesto, igual que el sistema tributario permitió a los países ocupados mantener sus bienes y sus tierras. A esto hay que agregar la circunstancia que ha facilitado todas las invasiones del mundo y ha propiciado la caída de los imperios, el debilitamiento producido por largos enfrentamientos, querellas y escisiones. Todas estas circunstancias facilitaron la rápida expansión del islam, de manera que, al iniciarse el siglo VIII, Mesopotamia, Siria, Persia, Palestina y Egipto volvían su rostro hacia La Meca cinco veces al día para rezar.

Conviene saber que la tolerancia religiosa del islam se apoya en el Corán. El sura II, 57 dice: «no hagáis violencia a los hombres a causa de la fe»; el sura XXIX, 45 señala: «no disputéis con los judíos ni con los cristianos, sino en términos amistosos»; y el sura XLII, 14 añade «invítales a abrazar el islam... y diles que adoramos al mismo Dios».

En la época previa a la expansión del islam, dos imperios se repartían el poder: el Imperio persa y el Imperio romano, ya relegado a la parte oriental que conocemos como Imperio bizantino. Enfrascados en

sus competiciones y querellas, ninguno de ellos prestó atención a Arabia ni la percibió como una amenaza. Los bizantinos se limitaron a construir una muralla defensiva, un *limes*, para aislar las fronteras sirias de posibles incursiones de los nómadas del desierto, pero no concentraron allí fuerzas militares, dado que los beduinos se limitaban a asaltar caravanas y nunca fueron considerados como un peligro para Roma. Lo mismo opinaron los persas, mucho más interesados en su lucha contra Bizancio.

Dos imperios agotados y proclives a la ruina que se vieron sorprendidos por un nuevo asaltante que luchaba con un arma desconocida: una nueva fe que no pretendía imponerse por la fuerza, sino intercambiar, exigiendo como botín la ciencia y el conocimiento y, como moneda de libertad, un tributo. Por todas estas causas, la difusión del islam fue no solamente fulminante, sino duradera, porque los imperios se derrumbaron a sus pies lienzo tras lienzo, como las fichas del dominó.

En sus invasiones, los musulmanes mantuvieron las tradiciones de los países invadidos, respetando sobre todo las religiones cristiana y judía, puesto que ambas proceden de la misma fuente en que bebió Mahoma, la *Biblia* o, como ellos la llaman, *El Libro*. Además, con su filosofía determinista, el Corán afirma que si Dios hubiera querido que todos los pueblos tuviesen las mismas creencias, hubiera creado un pueblo único y no una diversidad.

En el año 638, seis años después de la muerte del Profeta, el islam hacía ondear su bandera en Jerusalén, su segunda ciudad santa, ya no solamente sagrada por la escena bíblica de Abraham e Ismael en el monte Moria, sino porque, desde allí, Mahoma ascendió a los cielos en cuerpo y alma, a lomos de al-Barak, el caballo con rostro humano que lo transportó al Paraíso.

En conmemoración de tales hechos, el califa abd al-Malik construyó tiempo después en Jerusalén la famosa Mezquita de la Roca, una casa de oración que había de sobrepasar en belleza al templo del Santo Sepulcro que los cristianos ornamentaban y enriquecían constantemente con sus cuidados y sus donaciones. Al fin y al cabo, el Santo Sepulcro era un fraude, pues todos los árabes sabían que Jesús, el penúltimo profeta, no estaba enterrado allí, sino que había ascendido a los cielos y debía regresar, al igual que Mahoma, para morir definitivamente en la Tierra, por lo que tenía su tumba reservada en la mezquita de Medina, junto a la de Mahoma. Ya en el siglo IX, el quinto califa abasí, Harun al-Rashid, envió a Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro como testimonio de respeto y amistad.

El siglo IX fue el de mayor esplendor de Persia y de Mesopotamia bajo el dominio árabe, pero el poder del califato se vio pronto minado por las revueltas de los soldados, las querellas religiosas y las rebeliones internas. Y sufrió en su carne el debilitamiento que, en la conquista de otros reinos, había sido su mayor recurso de fuerza y poder. El mismo siglo que vio su esplendor inició la fragmentación del imperio de las mil y una noches.

EL REPARTO DE LA HERENCIA DEL PROFETA

Los enfrentamientos, querellas y escisiones del islam se iniciaron a la muerte de su fundador. Mahoma nunca pensó que tuviera que nombrar un sucesor, dada su calidad de mensajero de Dios, y murió en el año 632 sin dejar heredero que dirigiese la comunidad musulmana. Además, sus hijos varones fallecieron en edad temprana y nadie hubiera considerado a una de sus hijas heredera del poder místico del Profeta ni del Estado suprahumano que fundó.

A la muerte del Profeta, el islam ya se había convertido en un sistema político y la comunidad musulmana agrupada en torno a su figura mística había llegado a ser un Estado con una forma jurídica para regular al colectivo y un conjunto de normas para regular al individuo. Y había dado los primeros pasos para su expansión por Arabia, pero pronto surgieron las rivalidades entre la familia del Profeta y los miembros de la aristocracia de La Meca, que se suponían con derechos para liderar la comunidad político-religiosa, puesto que sus ancestros venían haciéndolo desde antes de que el propio Mahoma naciera.

Aquella vez, la disputa terminó bien. Resultó elegido Abu Bakr, suegro del Profeta, que recibió el título de sucesor del enviado de Dios, es decir, califa. Y fue Abu Bakr quien impuso el islam en toda Arabia, aglutinando a todos los pueblos y a todas las tribus árabes bajo una misma bandera y una misma fe; también fue él quien inició la expansión posterior por Siria, Mesopotamia, Persia y Egipto.

Abu Bakr murió en el 634, antes de la conquista de Jerusalén y de Damasco. Su muerte desencadenó una guerra civil, el primer enfrentamiento interno que inició la escisión del islam en facciones partidarias de distintos modos de sucesión. Los fatimíes, partidarios de Fátima, hija predilecta del Profeta, y los chiíes, partidarios de su esposo Alí, eligieron a este como sucesor de Abu Bakr, alegando que el califato está reservado a los familiares y descendientes de Mahoma. Alí era yerno, es decir, hijo político del Profeta. Pero los suníes, partidarios de Aixa, viuda de Mahoma, se pronunciaron por la transmisión del califato según la tradición, es decir, reservar la sucesión para los aristócratas de La Meca que, como dijimos, llevaban largo tiempo ostentando el poder místico de la ciudad santa. A estas facciones se enfrentaron más tarde los jariyíes, postulando que cualquier musulmán piadoso puede ostentar el título de califa.

A pesar de la elección oficial del yerno de Mahoma como siguiente califa, las facciones contrarias no acataron su autoridad y así empezó una guerra que el líder de Egipto supo detener a tiempo lanzando a sus soldados a la lucha con una hoja del Corán ensartada en la punta de cada lanza. Esta apelación medieval al juicio de Dios tuvo un éxito rotundo porque todos los combatientes depusieron inmediatamente las armas. Sin embargo, eso no impidió el asesinato de Alí en el año 661, tras lo cual, Muawiya, líder suní de Siria, perteneciente a la poderosa y aristocrática familia omeya² de La Meca, inició una nueva dinastía que estableció su capital en Damasco.

En el año 680, a la muerte de Muawiya, debía sucederle su hijo Yazid, pero los chiíes de la ciudad de Kufa no le aceptaron como sucesor del Profeta, porque, para ellos, el verdadero sucesor debía ser Hussein, hijo de Fátima y Alí y, por tanto, nieto carnal de Mahoma y heredero de Alí, que ya había alcanzado la aureola de la santidad.

Yazid consiguió aplastar la revuelta de los chiíes de Kufa y perdonó la vida a su oponente, Hussein, en consideración a que era nieto del Profeta. Hussein no aceptó el perdón ni la reconciliación que Yazid le ofreció y promovió un nuevo enfrentamiento que acabó con su vida y con la de sus parientes, pues todos ellos fueron sitiados y muertos por las tropas omeyas en la ciudad de Kerbala. Hussein fue, desde entonces, el mártir de los chiitas y su muerte se describe, con todo lujo de detalles, en la novela *La muerte de Hussein y la venganza de Mukhtar*, que Abu Michnaf escribió en el siglo VIII y que cuenta con la veneración chii, porque su trama describe el heroísmo del nieto del Profeta. En la segunda parte de la novela, Abu Michnaf describe la venganza que Ibrahim, general de Mukhtar, tomó para vengar la muerte del mártir,

² Españolización de los descendientes de Umayya ibn Abd Shams.



La muerte de Mahoma inició la división del islam en numerosas sectas encabezadas por partidarios de distintos sucesores del Profeta. Mezquita de Nayaf, en Irak, donde fue enterrado Alí, el yerno de Mahoma, elegido califa por los fatimíes. Imagen de Arlo K. Abrahamson.

sorprendiendo a Yazid y a sus soldados en una cacería. La novela habla de diez mil cabezas y ochenta mil orejas y narices cortadas, sobre las cuales los vengadores extendieron una alfombra para comer, beber y solazarse sin temor a los enemigos de Alá, del Profeta ni de su familia.

Literatura aparte, la historia dice que en el año 749, Abul Abbas as Saffah, descendiente de Abbas, tío del Profeta y patriarca de los Banu Haxim, cambió finalmente por guerra abierta la lucha clandestina que su familia mantenía contra los omeyas, a los que consideraban usurpadores del trono califal. Tras derrotarles en la batalla del Gran Zab, se hizo con el poder, iniciando la dinastía abasí que, después de asesinar a los omeyas durante un banquete traidor y matar al último de sus representantes, trasladó la capital a Bagdad.

Pero no toda la familia omeya pereció en aquella matanza. Uno de sus descendientes consiguió salvar la vida y huyó en una carrera desesperada hasta llegar al Magreb, donde los bereberes familiares de su madre, que de allí era oriunda, le dieron cobijo. Desde el norte de África, el joven omeya no tuvo demasiados problemas para alcanzar las costas españolas. Se llamaba Abderramán.

LAS SECTAS ISLÁMICAS

- Los chiíes o chiitas son seguidores de Alí, yerno de Mahoma, integristas partidarios de interpretar el Corán literalmente.
- Los suníes o sunitas son más flexibles en la interpretación coránica y reciben su nombre de la Sunna, una forma de vida descrita en los Hadices, colección de dichos y narraciones del Profeta.
- Los abasíes eran chiíes y descendientes de Abbas, el tío de Mahoma. Los omeyas eran suníes y descendientes de Muawiya, líder suní de Siria. Los partidarios de Alí, yerno de Mahoma, no llegaron al poder ni fundaron dinastía alguna.
- Los fatimíes eran chiíes y se decían descendientes de Fátima, la hija predilecta del Profeta. Su dinastía reinó en el Magreb entre los siglos x y xii, gobernando también Egipto y Siria. Fueron los fundadores de El Cairo.
- El sufismo fue un movimiento místico que surgió hacia el siglo ix entre los musulmanes que quisieron protestar contra el lujo y el poder que habían alcanzado los que se ufanaban de cumplir con la religión. Su nombre deriva del hábito de burda lana (suf) que vestían para exteriorizar su protesta, como hicieron los cristianos franciscanos siglos después. En oposición a las oraciones rituales, su elemento litúrgico era el recitado de

los noventa y nueve nombres sagrados de Dios. Estas diferencias les costaron persecuciones y enfrentamientos en el siglo X, ya que muchos los acusaron de herejes.

- Los ismailíes surgieron en el siglo IX como secta chii seguidora del imán Ismail, que vivió en el siglo VIII. Creen en la llegada inminente del imán que restablecerá en la tierra el reino de los justos y castigará a los enemigos de Alí de forma ejemplar. Su líder es el aga khan.
- Los mariníes surgieron en Marruecos en el seno de la familia Marin, bereber, en el siglo XIII. En España se les conoció por «los benimerines», derivado de la españolización de su nombre familiar, los banu marin. Eran suníes y consideraban cismáticos a los almohades y almorávides.

LA GUERRA SANTA

«¡Oh, creyentes! ¡No seáis cobardes! Sois mejores que vuestros enemigos. Alá os ayudará en vuestros esfuerzos. Esta vida no es más que un juego». Dice el Corán que todos los varones deben ir a la guerra santa, menos los ciegos, los cojos y los enfermos. A los que se nieguen por cobardía o pereza, el demonio les procurará riquezas engañosas «pero no tendrán donde acogerse cuando el ángel de la muerte azote sus rostros». A los que mueran por la fe, les está reservado un jardín de las delicias con ríos de vino y miel, con huríes de ojos negros y pechos alabastrinos. A los que apostaten, les espera un infierno de ríos de fuego y plomo fundido.

El largo período de guerras santas que extendió el mundo musulmán por tres continentes se inició a la muerte de Mahoma. Este aseguró que Dios haría prevalecer el islam sobre las demás religiones, pero su

intención de expansión no fue en absoluto política ni militar, sino religiosa. El dominio político no fue más que una condición indispensable para el mantenimiento del dominio místico. De hecho, Mahoma no exhortó a la lucha armada sino a «luchar por la causa de Alá con vuestros bienes y vuestras vidas» (Corán, 61, 11). Las instrucciones recibidas del ángel consistían en luchar con empeño para vencer a los incrédulos, pero sin citar el combate físico. Por tanto, la *yihad* no fue, al menos al principio, una guerra agresiva, aunque algunas interpretaciones posteriores modificaran el sentido de la orden divina, según la comprensión, la intención o el objetivo del intérprete. Lo mismo sucedió, como sabemos, con la expansión y consolidación del cristianismo.

A principios del siglo VIII, el imperio musulmán se extendía desde el Atlántico hasta el delta del Indo, un resultado muy alejado del movimiento de expansión que iniciara Mahoma. Igualmente alejada quedó la idea de la guerra santa, sobre todo cuando los juristas interpretaron la *yihad* como un método para defender el territorio islámico. La guerra santa se convirtió en un deber para cada individuo varón, pero un deber individual que solamente alcanzaba al conjunto de los musulmanes cuando el líder religioso lo proclamaba. Siguiendo esto, hay autores que opinan que la familia abasí no hizo más que cumplir con el mandato coránico cuando hizo asesinar a todos los miembros de la familia omeya, dado que estos últimos llevaban un siglo usurpando el lugar que no les correspondía y cometiendo una atroz injusticia contra dos santos, Alí, yerno del Profeta, y Abbas, su tío. Señalan estos autores que los abasíes estaban convencidos de que la masacre cometida no fue más que una pequeña reparación y una venganza en nombre de la familia de Mahoma.

Tan pronto se iniciaron las diferencias doctrinales y las disputas sucesorias entre los miembros de la comunidad islámica, el concepto de guerra santa comenzó a

reflejar las situaciones conflictivas que se producían en las diferentes zonas que abarcaba el mundo musulmán. En las fronteras donde se producían enfrentamientos militares, la guerra santa se tenía por un servicio divino. En las áreas interiores sometidas por entero al islam, no se veía con buenos ojos la presencia de soldados mercenarios que ni siquiera profesaban la fe musulmana y cuyo único interés era el botín a obtener en la lucha. En cuanto a las guerras que se producían en los grandes centros islámicos, no podían considerarse santas porque los contendientes eran musulmanes y partidarios de las diferentes tendencias religiosas.

La guerra santa cristiana tuvo muchos puntos de similitud con la *yihad*. Los papas concedieron indulgencias³ a los cristianos que combatieran contra el islam, tanto durante la reconquista de territorios en Hispania como en la recuperación de los Santos Lugares o territorios bizantinos ocupados por sarracenos. Y los intérpretes hicieron un uso bien diferente de la bendición de los líderes cristianos a la hora de enfrentarse a sus enemigos en religión. Las guerras santas cristianas incluyeron también misticismo, ferocidad y botín. Unos y otros lucharon para propagar su fe, para enriquecerse a costa del contrario y para conseguir bienes espirituales eternos, los unos, en el paraíso de las huríes, y los otros, en el paraíso de los ángeles.

BAGDAD, CIUDAD REDONDA Y CENTRO DEL MUNDO

La conspiración contra los omeyas se había iniciado en Persia, en la provincia de Korasán, nombre que significa

³ Las indulgencias eran un documento extendido a nombre de quien lo mereciese, eximiéndole de varios miles de años de expiar en el Purgatorio culpas ya purificadas en la tierra. La indulgencia plenaria liberaba totalmente del Purgatorio.

‘donde sale el Sol’, en la cual Abul Abbas encontró el apoyo necesario en Abu Muslim, un joven de origen humilde partidario de los abasíes, que reunió a todos los seguidores de Alí, molestos por no tener en el trono califal a un descendiente del Profeta, y generó un movimiento que consiguió derrocar, en el 750, al último califa omeya, Marwan II, apodado «el Asno», el cual, derrotado en la batalla del Gran Zab, trató de huir a Egipto en busca de apoyo pero fue asesinado nada más entrar en el país, según parece, en la ciudad de Busiris.

Pero ni Abu Muslim ni los partidarios de Alí que habían apoyado su causa obtuvieron beneficio material alguno de la conspiración. Los partidarios de Alí, porque quien ascendió al trono califal no fue un descendiente del yerno de Mahoma, sino de su tío Abbas; por tanto, perteneciente a una facción contraria. En cuanto a Abu Muslim, se convirtió en una amenaza, real o imaginaria, para el califa al-Mansur, segundo de la nueva dinastía Abasí, que no tardó en hacerle asesinar.

Y, para evitar que algún representante de la familia omeya reclamara algún día sus derechos al trono, los abasíes invitaron a los miembros de la dinastía derrocada a una famosa cena en la ciudad palestina de Abu Futrus, donde les dieron muerte y de donde, como dijimos, solamente logró escapar el joven príncipe Abderramán. No faltan cronistas que refieren que, tras la matanza, vino la *damnatio memoriae*, es decir, la destrucción de tumbas y monumentos que recordaran a los gobernantes depuestos, una práctica muy utilizada durante siglos en todos los países y en todas las culturas para borrar la huella del enemigo derrotado, aun después de muerto.

Los abasíes se distinguieron bien pronto de sus antecesores omeyas. Si los califas omeyas habían sido jefes activos del islam, los califas abasíes se convirtieron en sumos pontífices y reyes por derecho divino. En Persia, adonde los omeyas habían llegado con las ideas

igualitarias propias de los beduinos, los abasíes se dejaron cautivar por la tendencia de los persas a deificar a sus soberanos. Al fin y al cabo, los abasíes eran descendientes del enviado de Dios y gobernaban en su nombre un Estado teocrático fundado de forma sobrenatural. Ellos fueron también los que instauraron el visirato, dando poderes a un cortesano en quien descansar y en quien delegar una parte importante de los quehaceres del imperio. La palabra «visir» significa 'el que ayuda a llevar el peso' y la importancia de su función puede apreciarse leyendo las historias de *Las mil y una noches*. Pero la clase de los visires fue adquiriendo demasiada influencia y, con el tiempo, algunos sobrepasaron la línea de lo tolerable y fueron ejecutados.

Los califas abasíes se convirtieron en soberanos protectores y defensores de la fe, cuya autoridad, tutela y derecho nadie discutiría, al menos, durante algún tiempo. El contagio de la etiqueta persa se aprecia al cabo de los siglos por el rastro artístico que dejaron. Cuenta José Pijoán que el alcázar de Qusayr Amra, en Jordania, guarda la efigie de un príncipe pintado en su trono con una corona y ostentando un nimbo alrededor de la cabeza, semejante a las escenas de gala de la corte sasánida y, por cierto, similar a la aureola que los pintores cristianos ponen en torno a la cabeza de los santos.

Sin embargo, al inicio de su reinado, los abasíes no sintieron la llamada de la santidad. El primero de la dinastía que se instituyó como califa tras la aniquilación de los omeyas fue Abul Abbas as Saffah. Como no podía quedarse en Damasco porque la ciudad hervía de partidarios de los depuestos omeyas, As Saffah se instaló en Kufa, ciudad a orillas del Tigris en la actual Irak donde, casi un siglo atrás, vimos producirse una revuelta a favor de Hussein.

Pero Kufa, a pesar de ser chii y, por tanto, favorable a los abasíes, era un semillero de doctrinas exaltadas que ponían en peligro no sólo la unidad de la fe, sino

la seguridad de los gobernantes. Abundaban allí los partidarios de Alí, yerno de Mahoma y esposo de Fátima, los cuales, en lugar de sentirse satisfechos al ver por fin sentado en el trono califal a un descendiente de la familia del Profeta, se vieron frustrados porque se consideraban con más derecho que los abasíes a la sucesión, dado que su líder espiritual, Alí, se había convertido al islam antes que Abbas, el tío de Mahoma, que era líder espiritual de los abasíes.

Sin embargo, el descontento de los partidarios de Alí no desembocó en una revuelta porque, siendo como eran proclives al misticismo, se conformaron con los hechos terrenales poniendo sus esperanzas en otros hechos más espirituales, es decir, centrando sus esperanzas en la pronta aparición de un enviado de Dios que crearía un imperio místico en nombre de Alí, quien tuvo el don de la infalibilidad y, además, estuvo exento de pecado.

De hecho, parece que Mahoma había profetizado la llegada de un imán, un enviado de Dios que establecería la justicia y la verdad, pero los seguidores de Alí no vieron al enviado en el nuevo califa, porque precisamente su nombre, as Saffah, significa 'el Sanguinario'.

El segundo califa abasí fue al-Mansur, cuyo nombre significa 'el Victorioso', aunque ese título no responde a sus méritos en la *yihad*, sino a una adjudicación gratuita, según apunta José Pijoán. No obstante, los chiíes terminaron por aceptar aquella dinastía, al fin y al cabo pariente de Mahoma, y no solamente los aceptaron, sino que llegaron a atribuir a al-Mansur poderes sobrenaturales propios de un descendiente del Profeta.

Pero al-Mansur no quería que le trataran como a un enviado de Dios, sino como a un soberano. No quería adoración sino obediencia y, puesto que en aquel lugar siempre se veía acosado por adoradores o por enemigos surgidos de entre los numerosos iluminados que aparecían por doquier, decidió abandonar Kufa



Bagdad fue la ciudad más grande, poderosa e importante del mundo en los siglos VIII y IX. Pronto sería desbancada por Córdoba. Esta ilustración muestra Bagdad en 1258 y se guarda en la Biblioteca Nacional de Francia.

y llevar la capital del territorio del islam a otro lugar más adecuado. Elegido el enclave, mandó construir una ciudad de planta redonda, en cuyo centro se irguió una espléndida zona califal con palacios y mezquitas, más cuatro amplias calles repletas de bazares y tiendas que partían del centro de la ciudad. Le dio el nombre de Bagdad que, en persa, significa 'Dada por Dios'. En el 762, Bagdad se había convertido en la ciudad más rica, célebre y grandiosa del mundo, llegando a eclipsar su brillo al de la propia Constantinopla.

Harun al-Rashid fue el califa sensual y sibarita cuya vida nocturna animó los cuentos de *Las mil y una noches*; las historias que Sherezade contó en persa a su misógino marido, el rey Scharriar, no tienen por sede Ispahán ni Persépolis, sino Bagdad, la Bagdad que

albergó la cultura, el lujo y las artes durante la dinastía abasí y cuyas calles atestadas de zocos y bazares fueron escenario ideal para las correrías de los genios y ladronzuelos de los cuentos de Sherezade.

De Bagdad, precisamente, se contaba entonces una sorprendente historia acontecida a un médico persa que visitó la ciudad y que no se cansaba de repetirla a su regreso.

El califa al-Mutawakill le había recibido en su palacio en un día muy caluroso, como los que suelen darse en Mesopotamia. La sala en la que le recibió tenía el techo cubierto de alfombras de mimbre, pero lo que desconcertó al médico fue que el califa, lejos de vestir una fresca túnica blanca de tela, llevaba un caftán de seda gruesa y, sobre él, un abrigo. El asombro del visitante no tuvo límites cuando se acomodó en la estancia y sintió tanto frío que el califa se echó a reír al verle estremecerse y mandó que le trajesen un abrigo. Después, describió un tapiz que cubría la pared, donde había un hueco lleno de nieve que un criado empujaba hacia delante, mientras otro abanicaba para impulsar a la sala el aire frío. Un sistema de aire acondicionado rudimentario de hace más de doce siglos.

EL ISLAM FRENTE AL CRISTIANISMO

Para los cristianos bizantinos, el islam fue al principio una herejía a la que era preciso combatir. Pero, dados como eran a las especulaciones filosóficas y místicas, analizaron exhaustivamente las creencias de los árabes y finalmente comprendieron que su religión era incompatible con el misterio de la Santísima Trinidad, por lo que los eliminaron de la categoría de herejes y los clasificaron como paganos. Paganos a los que no había que combatir, sino convertir mediante exhortación y predicación.

Para los cristianos occidentales, el islam pudo ser una más de las muchas sectas, religiones y doctrinas que se profesaban en Europa, en un tiempo en que las invasiones y las conquistas eran continuas y cada pueblo aportaba sus creencias ancestrales al culto oficial del Imperio romano, que era el cristianismo. Fue un tiempo en que los bárbaros adoptaban masivamente la religión cristiana porque el bautismo les concedía el marchamo de la civilización romana, algo que todos anhelaban. Pero el bautismo no siempre suponía la renuncia a sus dioses y a sus creencias, sino que ambos cultos se solapaban, como en muchos lugares de América Latina se compagina la liturgia cristiana con la santería. Los francos, por ejemplo, asistían a misa y comulgaban, pero no renunciaban a su particular eucaristía del caldo de caballo.

EL ÁLGEBRA Y LOS ALGORITMOS

El califa al-Mansur, como ya se vio, había fundado la ciudad de Bagdad en el año 762 y había erigido allí escuelas de Medicina, Astronomía y Jurisprudencia, pero fue su nieto, el califa de *Las mil y una noches*, Harun al-Rashid, quien mandó agregar una escuela a cada mezquita. Así nacieron las madrazas, adosadas a las mezquitas como las escuelas cristianas nacieron adosadas a las catedrales o a los monasterios. Y fue también Harun al-Rashid quien puso a un hereje cristiano, el nestoriano Juan Marue, al frente de las bibliotecas públicas de Bagdad.

Fue asimismo Harun al-Rashid quien hizo venir a Bagdad, desde la India, a un célebre astrónomo para que ayudase a los sabios mahometanos a traducir y a entender algunas tablas matemáticas indias empleadas en cálculos algebraicos y obras de ingeniería. Aquella visita introdujo en el mundo árabe la simbología de los números y



Harun al-Rashid, el califa de *Las mil y una noches*, mantuvo excelentes relaciones con el reino carolingio.



Aquí aparece recibiendo en su palacio de Bagdad a una legación de Carlomagno. Pintado por Julius Köckert, se encuentra en la Fundación Maximiliano de Múnich.

desde entonces se escribieron en la corte de los abasíes las cifras que hoy llamamos árabes pero cuyo origen es indio, los signos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0.

Sin embargo, hubieron de pasar algunos siglos hasta que los conocimientos matemáticos y astronómicos de los árabes llegasen al mundo cristiano, que siguió utilizando la numeración romana y el sistema duodecimal hasta el Renacimiento. En el siglo IX, el matemático persa al-Khowarizmi (latinizado como Algoritmus) publicó una obra matemática a la que dio el nombre de *al-Jabr*, que, al igual que el nombre de su autor, se latinizó y terminó convirtiéndose en *Álgebra*.

Ya en el siglo XII, la obra de los matemáticos musulmanes llegó a manos de Leonardo de Pisa, más conocido como Fibonacci por ser hijo de Bonaccio, un próspero comerciante italiano. Los comerciantes eran entonces personas muy dinámicas que viajaban constantemente para colocar sus mercancías en otros países o bien para adquirir novedades exóticas que se venderían después en su país de origen. Bonaccio acostumbraba viajar por los países musulmanes y siempre llevaba consigo a su hijo Leonardo, que adquirió grandes conocimientos de matemáticas de los maestros egipcios o sirios.

Cuando Fibonacci conoció el sistema decimal y la numeración que empleaban los árabes, que son los mismos que utilizamos hoy, los quiso adoptar inmediatamente, desechando el sistema duodecimal y la numeración romana utilizados hasta entonces y que eran los únicos que se conocían en Europa. No hay más que probar a operar con números romanos para comprender el entusiasmo del joven.

Y para dar a conocer a todo el mundo las bondades del nuevo sistema, Fibonacci escribió un libro titulado *El libro del ábaco*, en el que explicaba la facilidad que supone operar con los guarismos árabes frente a la dificultad de hacerlo con los números

romanos y el sistema duodecimal, aun cuando se utilizara para ello un ábaco. Aquello hizo surgir la querrela de los abacistas, inmovilistas partidarios de dejar las cosas como estaban, contra los algoristas, partidarios de adoptar el método árabe que, además del sistema decimal, incluía el 0, una cifra inventada en la India que era totalmente desconocida en Europa. El debate se prolongó hasta el siglo XVI, en el que las universidades latinas empezaron a emplear los números árabes, el 0 y el sistema decimal.

MAHOMA FRENTE A ARISTÓTELES

Veinte siglos más tarde de la expulsión injusta de Agar e Ismael al desierto, los musulmanes, en su movimiento imparable de expansión, se encontraron con los científicos judíos de la diáspora, aquellos que partieron siglos atrás de su Palestina natal expulsados por Roma y que se habían establecido en Siria, en Egipto, en Persia y, sobre todo, en Mesopotamia. De ellos obtuvieron traducciones de los textos clásicos y, además, aprendieron mucho de su ciencia y de sus conocimientos de medicina.

Al principio de la expansión musulmana, las ciencias continuaron en manos de los persas, los griegos o los judíos, por lo que no fue preciso traducir los textos al árabe, un idioma que por entonces era muy concreto y limitado, como ya dijimos. Fue a partir del califato abasí, en el siglo VIII, cuando se empezaron a traducir textos, con lo que la lengua árabe evolucionó y se enriqueció para convertirse en vehículo de intercambio intelectual que permitió expandir la literatura, la poesía, el teatro y, por fin, la ciencia y la filosofía clásicas.

Se cuenta de al-Mamún, hijo de Harun al-Rashid, el cual sin duda heredó de su padre el amor a las

ciencias, que habiendo vencido en batalla al emperador de Bizancio Miguel el Tartamudo, acordó con él uno de aquellos pactos que permitieron la expansión del islam intercambiando paz por tributos y que, en lugar de exigir oro, plata, joyas o territorios, le exigió la entrega de una colección de manuscritos de los maestros griegos más célebres.

En cuanto a los judíos, todas aquellas comunidades que se habían establecido en Europa y Asia empezaron a utilizar a partir de la expansión musulmana la lengua árabe para uso social y dejaron la hebrea para uso religioso, lo cual facilitó aún más la transmisión de conocimientos entre ambas culturas, dejando de lado, por fortuna, el pleito bíblico entre Ismael e Israel. Fue un tiempo de convivencia y relaciones distendidas entre cristianos, judíos y musulmanes, que practicaban separadamente sus respectivos cultos y se transmitían conocimientos. Sin embargo, no faltaron prejuicios y malentendidos fruto de la ignorancia y el fanatismo, siendo más acusadas las diferencias y, por tanto, las querellas en los núcleos urbanos que entre el mundo campesino, donde la simplicidad de la superstición llegó a aunar no pocas representaciones místicas y no pocos lugares de culto compartidos.

El encuentro con la ciencia de los clásicos inflamó a los árabes y estimuló su curiosidad y su ansia de saber. Sin embargo, al menos al principio, hubo fanáticos ignorantes que se opusieron estúpidamente a la luz de la ciencia y del progreso. Se cuenta que, cuando las tropas del califa Omar tomaron Egipto, la biblioteca de Alejandría conservaba aún numerosos libros que llamaron la atención del general que mandaba las tropas, Amru, el cual escribió al califa para rogarle que le permitiera guardar dichos libros.

Pero el califa Omar no había recibido la llamada de la ciencia y su curiosidad estaba petrificada por la

religión. Por tanto, su respuesta fue un ejemplo de fanatismo: si los libros estaban conformes con el Corán, que es la palabra de Dios, no eran necesarios y, si no lo estaban, eran perniciosos. La orden fue, pues, destruirlos. Y dicen que durante seis largos meses ardieron los libros en los baños de Alejandría, utilizados como combustible para calentar el agua de los *hammanes*.

Afortunadamente, los árabes cultos como Amru hicieron crecer el interés por estudiar y aprender. El califa al-Mamún, por ejemplo, recibió el calificativo de «Califa Malvado» porque hizo traducir los escritos de Aristóteles y otros griegos paganos, como Aristarco o Eratóstenes. Se le acusó de haber atacado la existencia del cielo y del infierno al asegurar que la Tierra era redonda y al pretender medir su tamaño.

Pero triunfó el conocimiento porque, igual que hicieron los cristianos tiempo después, los musulmanes tuvieron su etapa escolástica dedicada a adecuar el mundo clásico a la doctrina del Corán, para que nada se opusiese a la palabra de Dios.

EL LAÚD DE SUKAYNA

Sukayna bint Hussein fue la hija bienamada del segundo nieto del Profeta. Sangre de su sangre y, por tanto, una figura apreciada por los musulmanes. La *Enciclopedia islámica* dice que su verdadero nombre fue Umaima y que Sukayna es el nombre que le dieron los poetas.

Su corte de Damasco relumbró con el brillo de músicos y rapsodas y se conmovió especialmente con la voz del cantor Umar ben Alí Rabia, quien hizo traer de Persia un laúd. Y dicen que, cuando los musulmanes vieron por primera vez aquel instrumento, se escandalizaron ante su forma lasciva, pero nada pudieron hacer por impedir que el laúd desterrara de la sociedad al

tamborín, el único instrumento musical permitido en las ceremonias religiosas.

En el siglo VII, en La Meca y en Medina, hubo mujeres, como Sukayna o la propia Aixa Bin Talha, la que fuera esposa preferida del Profeta, que consiguieron liberarse de la tiranía masculina por medio de la música y de la poesía. Entonces los cantantes de ambos sexos alcanzaron una importancia y una fama que bien puede equipararse a las de nuestras actuales estrellas.

Cuenta Theodore Zeldin que Sukayna decidió prescindir del velo y de la obediencia y que se rodeó de poetas y músicos, invitando a ricos y nobles a sus salones para degustar el vino prohibido por el Corán o el zumo fermentado, más discreto, y compartir veladas como aquellas que organizaron las hetairas de la Antigüedad.

Pronto surgieron detractores de la música y la poesía, sobre todo cuando era un hombre el que las ofrecía a las damas, como el famoso poeta y cantor que hemos mencionado anteriormente y que hizo nacer un proverbio que aconseja mantener a las mujeres lejos del canto, porque el canto es una incitación al adulterio.

Pero los maridos musulmanes, tan entretenidos como sus mujeres con aquellos juegos literarios y musicales, lejos de prohibir el canto y de vetar la entrada del laúd en sus salones, los facilitaron, sin temer la presencia de jóvenes y hermosos trovadores, de los que se comentaba que eran hijos ilegítimos de nobles personajes.

El poeta Ibn Muhriz no se conformó con tañer el laúd, sino que viajó a Persia y después a Siria a aprender otras formas musicales y trajo al mundo árabe los desconocidos sonidos de la música griega, algo insospechado y que generó en los espíritus sensibles la misma atracción que la literatura o el arte clásicos produjeron en los árabes cultos.

BELLAS FÁBULAS PARA CONTAR FEAS VERDADES

Un león atacó a dos bueyes, pero estos hicieron causa común y se defendieron de tal modo con sus cuernos que el león se vio obligado a abandonar la lucha, prometiendo no volver a atacarles aunque los encontrara solos. Creyeronle los bueyes y se separaron y entonces fue cuando el león pudo cobrarse una presa tras otra, abalanzándose primero sobre uno de los bueyes y después sobre el segundo.

Esta fábula atribuida a Lokman el Sabio, de la tribu de Ad, enseña a quien quiera aprender que dos naciones unidas frente a un enemigo común pueden llegar a vencerle, pero que separadas son presa fácil, y podría explicar el final del poderoso imperio de las mil y una noches, dividido en facciones incapaces de enfrentarse unidas a un agresor.

Los árabes necesitan llenar su vida de relatos y de historias y crean cuentos para todas las situaciones de la vida y de la muerte, para el júbilo, la tristeza, el amor, el odio, la salud, la enfermedad, la paz y la guerra. Sólo así se entiende el triunfo de Sherezade sobre la perversidad neurótica del rey Scharriar, que abandonó su juramento de venganza y prejuicio fascinado por las historias de la narradora. Y es que, como dice Lewis Spence, para los árabes, la palabra es una joya y la poesía es más preciosa que las sedas de Damasco o las gemas de Samarcanda.

Siguiendo el relato del león y los bueyes, las divisiones causaron la disgregación del imperio que, en el siglo x, vio a tres califas repartirse el universo islámico: los omeyas, instalados en Córdoba, los fatimíes, instalados en Egipto, y los abasíes, en Bagdad. Veremos también desintegrarse y desaparecer el reino paradisiaco de al-Ándalus porque sus conquistadores, lejos de olvidar y dejar atrás antiguas desavenencias, las llevaron consigo a



Los árabes utilizan el relato y la fábula para narrar la historia.



El ciego Meddah cantando la epopeya del Profeta, pintado por Étienne Dinet. Museo Nasreddine, Argelia.

la nueva tierra. El islam había unido a los pueblos árabes en una única religión, pero no consiguió acabar con sus diferencias ancestrales y todos trasladaron sus odios nacionales y familiares al nuevo territorio. Hemos dicho que los árabes conservan su genealogía e incluso la de su caballo. Y la llevaron consigo cuando emprendieron la hazaña de expandir su religión por el mundo. Una genealogía que incluía rasgos diferenciadores de otras genealogías, odios, amores, resquemores, venganzas y alianzas.

2

La isla de los Vándalos

En el año 632, el califa Omar había desistido de conquistar el norte de África porque conocía la perfidia de los bereberes, que pagaban tributos al emperador bizantino y le engañaban en el pago. Más tarde, los bereberes comenzaron a pagar tributos al rey visigodo de Hispania y entonces era él quien los engañaba. Pero el fervor de los ejércitos del islam era incontenible y en el año 666 ya se fundaba en Túnez la ciudad santa de Kairouán. La fundó Sidi Okba, que había sido compañero del Profeta y que, por su gracia, expulsó del lugar a las serpientes y escorpiones que lo envenenaban y recibió visiones angélicas que le instruyeron para mandar construir la mezquita omeya de Kairouán, nombre que significa 'caravana'.



La Kahina fue una temible reina guerrera bereber que tuvo en jaque a las tropas del califa de Damasco. Su estatua se puede ver en Khenchela, Argelia.



Así era la Hispania visigoda en el año 700, antes de la invasión de los musulmanes.



De esta manera se encontraba dividido el reino visigodo a la llegada de los musulmanes.

estrategia militar ni de organización de ejércitos ni de administración de reinos. Sumemos a todo esto un reino dividido en facciones y, lo que es peor, entendido como una propiedad privada, adrecémoslo con la traición y tendremos el caldo de cultivo favorable a la invasión y a la aniquilación.

Si los witizanos, justificando su acción con la leyenda de la Cava, recurrieron a la ayuda extranjera, recordemos también que esta ha sido la causa de la mayoría de las invasiones de la historia. Alguien descontento con su situación interna pide ayuda



Pipino el Breve fue el mayordomo de palacio que expulsó definitivamente a los musulmanes de Francia. Louis Félix Amiel pintó su retrato en el siglo XIX para el museo histórico de Versalles.

3

La ciudad de las tres culturas

Pequeña hornacina sin imagen que muestra a los
creyentes la dirección de La Meca.
En la más elevada espiritualidad musulmana, la
belleza es signo que evoca la presencia de Dios.
La curva de este arco inmenso parece dilatarse
como pulmón que aspira el aire del infinito.
Creyente, sea cual sea tu fe, deja en ti germinar
esta hierba de esplendor y esperanza.

De la descripción del mihrab de la mezquita de Córdoba,
Fundación Roger Garaudy, Torre de la Calahorra.

Entre los siglos IX y XIII, Córdoba vivió un momento privilegiado de la historia, cuando, con un millón de habitantes, fue no solamente la ciudad más grande de Occidente y, según dicen, del mundo, sino el centro y la vanguardia de la cultura.

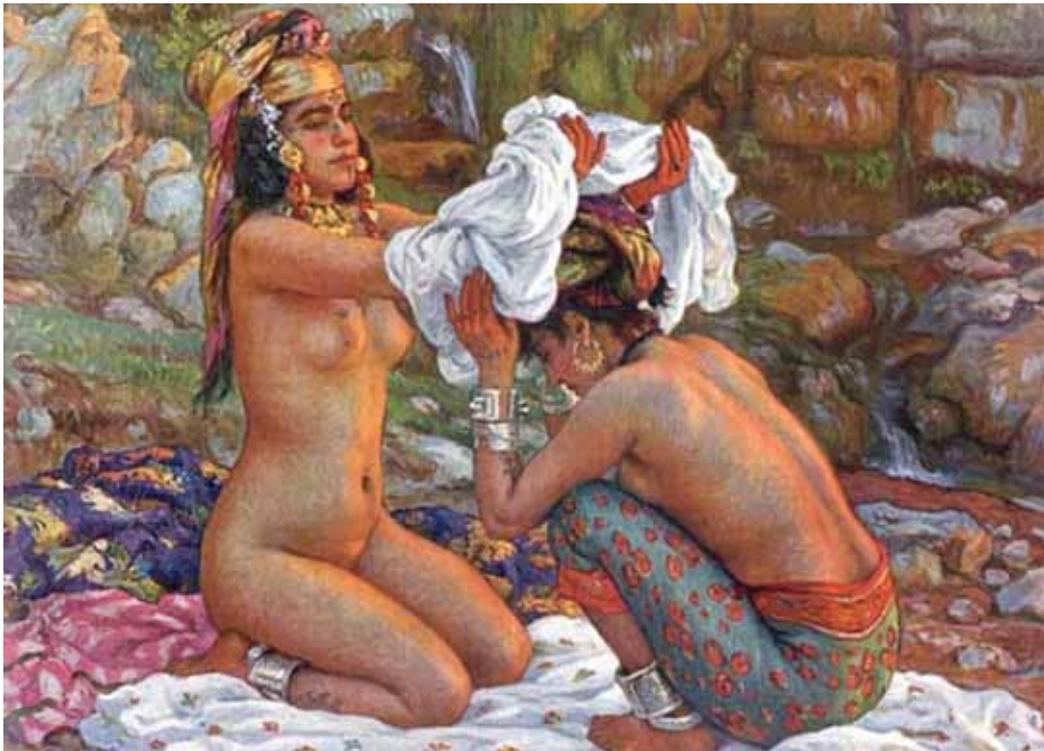
Antes de que Córdoba superase en tamaño y esplendor a Damasco, a Bagdad y, según cuentan, a la misma Constantinopla, hubo en al-Ándalus una serie de gobernantes que, dependientes del califa, incidieron de forma

4

El imperio de los cinco sentidos

Toda Arabia exhala la más deliciosa fragancia.
Es el único país que produce incienso,
mirra, casia, canela y láudano. Los árboles del
incienso están guardados
por serpientes aladas, pequeñas, de colores
variados, que cuelgan de las ramas.

Así es como expresó el historiador Herodoto de Halicarnaso, en el siglo v a. C., su fascinación ante Arabia y el olor que desprenden sus tierras. Cuatro siglos más tarde, Estrabón corrigió las palabras de Herodoto, pero solamente para especificar que las serpientes no eran pequeñas, sino gigantescas. Y seguramente con razón, porque lo escribió siendo geógrafo oficial de la expedición que Augusto envió en el siglo I a explorar aquella tierra.



Los musulmanes españoles disfrutaron del agua e instalaron baños en las ciudades que habitaron, algo impensable en aquellos tiempos en tierras cristianas. Étienne Dinet, *Bañistas*. Museo Nasreddine, Argelia.

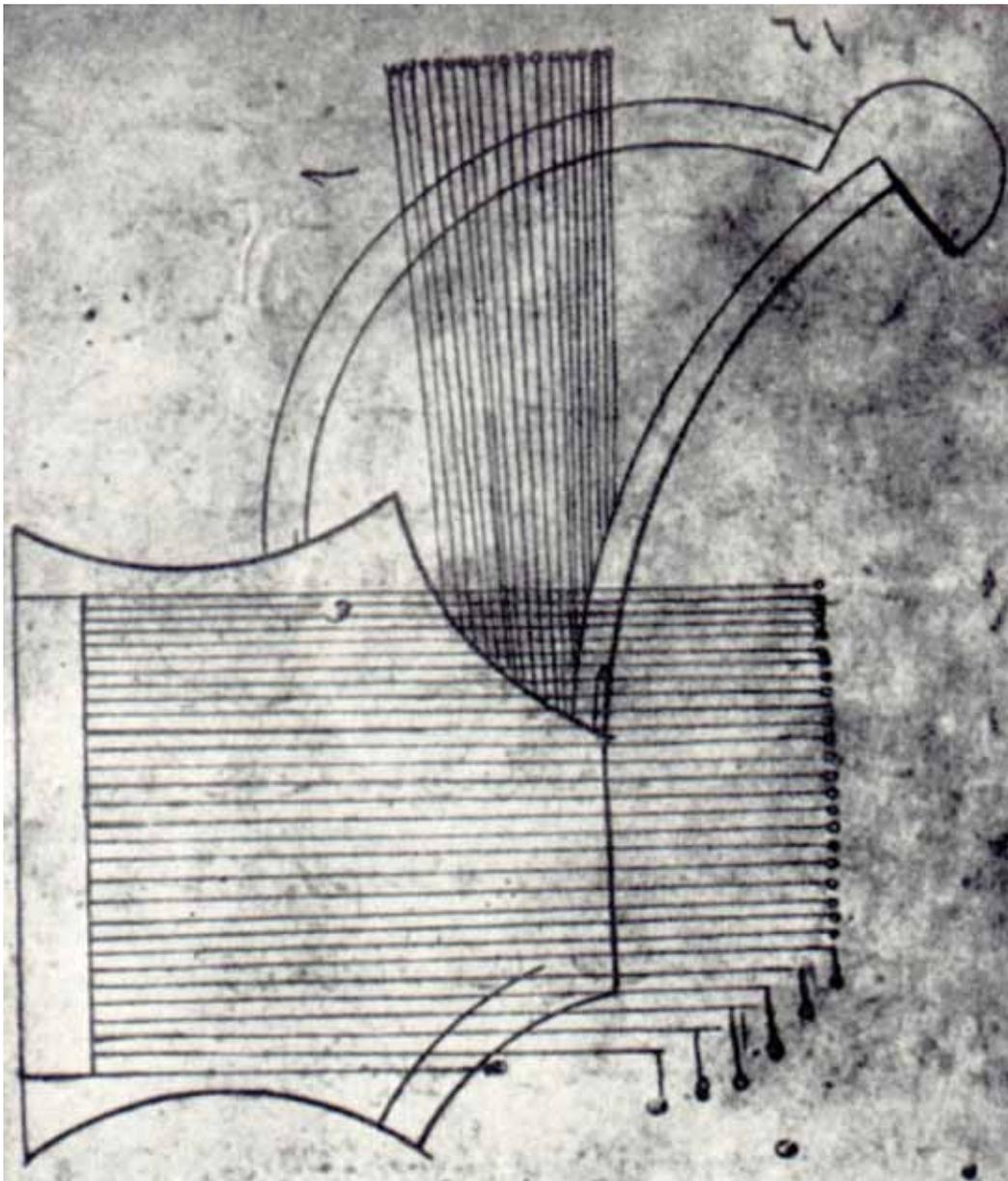
UNA FAVORITA POR UN PALACIO

Vuelvan vuestas mercedes los ojos a aquella torre que es una de las torres del alcázar de Zaragoza que ahora llaman la Aljafería y aquella dama que en aquel balcón parece vestida a lo moro es la sin par Melisendra.

El Quijote
Miguel de Cervantes

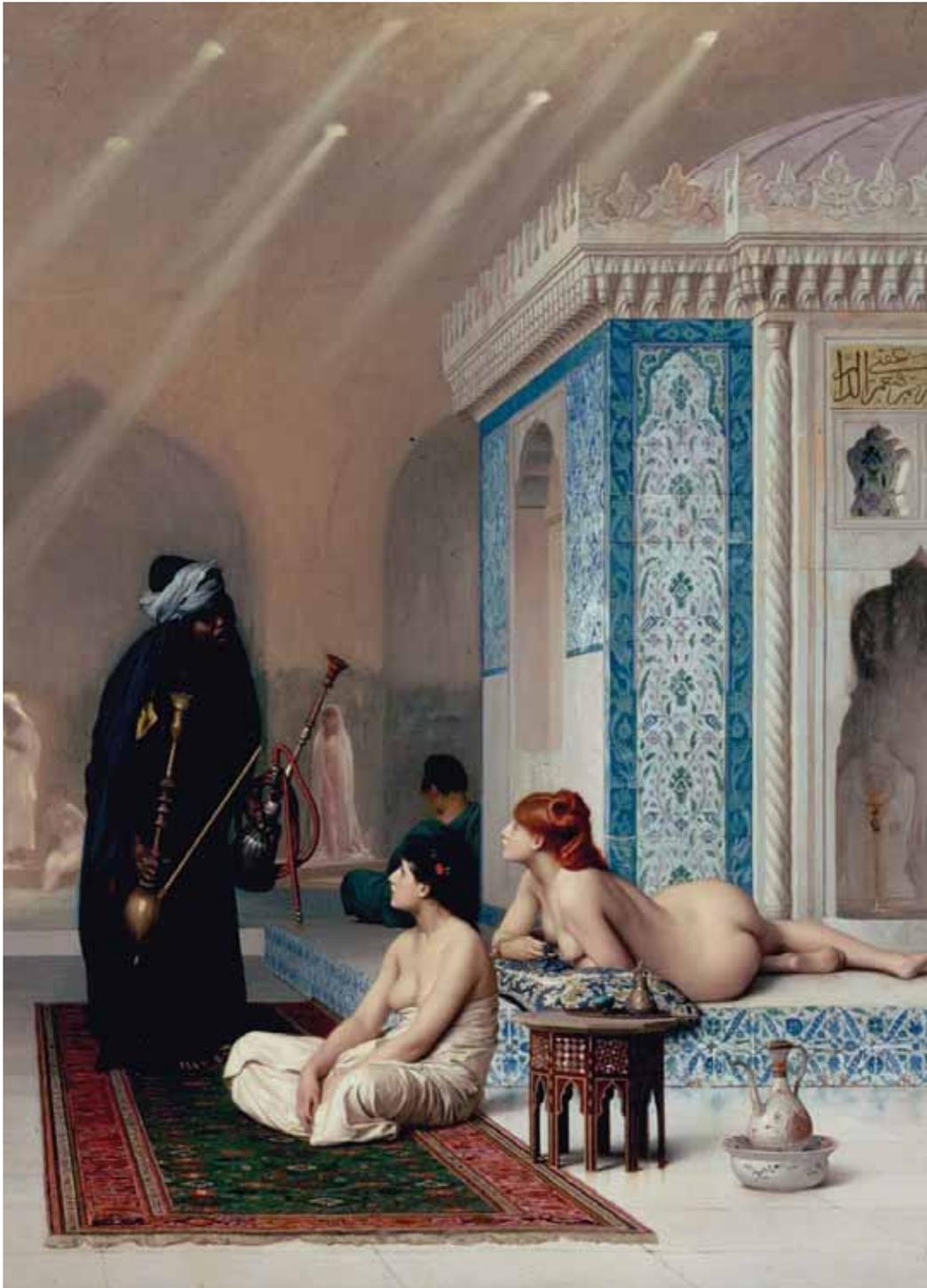
El Quijote ofrece una cita de la Aljafería, donde Melisendra penaba cautiva del emir de la taifa de Zaragoza, hasta que llegó don Gaiferos, su marido, a darle la libertad.

La Aljafería es un palacio taifal del siglo XI construido por un rey que fue poeta, filósofo, matemático y



El maestro de música musulmán por excelencia fue Alfarabi. Vemos aquí una ilustración de su famoso tratado musical, que se conserva en la biblioteca del monasterio de El Escorial.

Entre los cristianos de al-Ándalus, la lírica mozárabe hizo una aportación a los cantos de amor que no tiene parangón en otros países europeos. Los grupos mozárabes conservaban y cultivaban un género de canción que llegó a llamar la atención de poetas árabes



Los harenes fueron objeto de deseo de los hombres occidentales. Se dice que muchos fueron a las cruzadas pensando en los harenes de los príncipes musulmanes de Oriente. Jean-Léon Gérôme, *Los baños del harén*. Museo del Hermitage, San Petersburgo, Rusia.



La Torre del Oro es la única que queda de las dos torres gemelas que los almorávides construyeron para vigilar los accesos desde el río Guadalquivir. Formaron parte de la muralla defensiva y su nombre procede del brillo de los azulejos dorados que las recubrían.

5

¡Santiago, y cierra, España!

Querría que vuesa merced me dijese qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros ¡Santiago, y cierra, España! ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es esta?

Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido y, así, le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

El Quijote

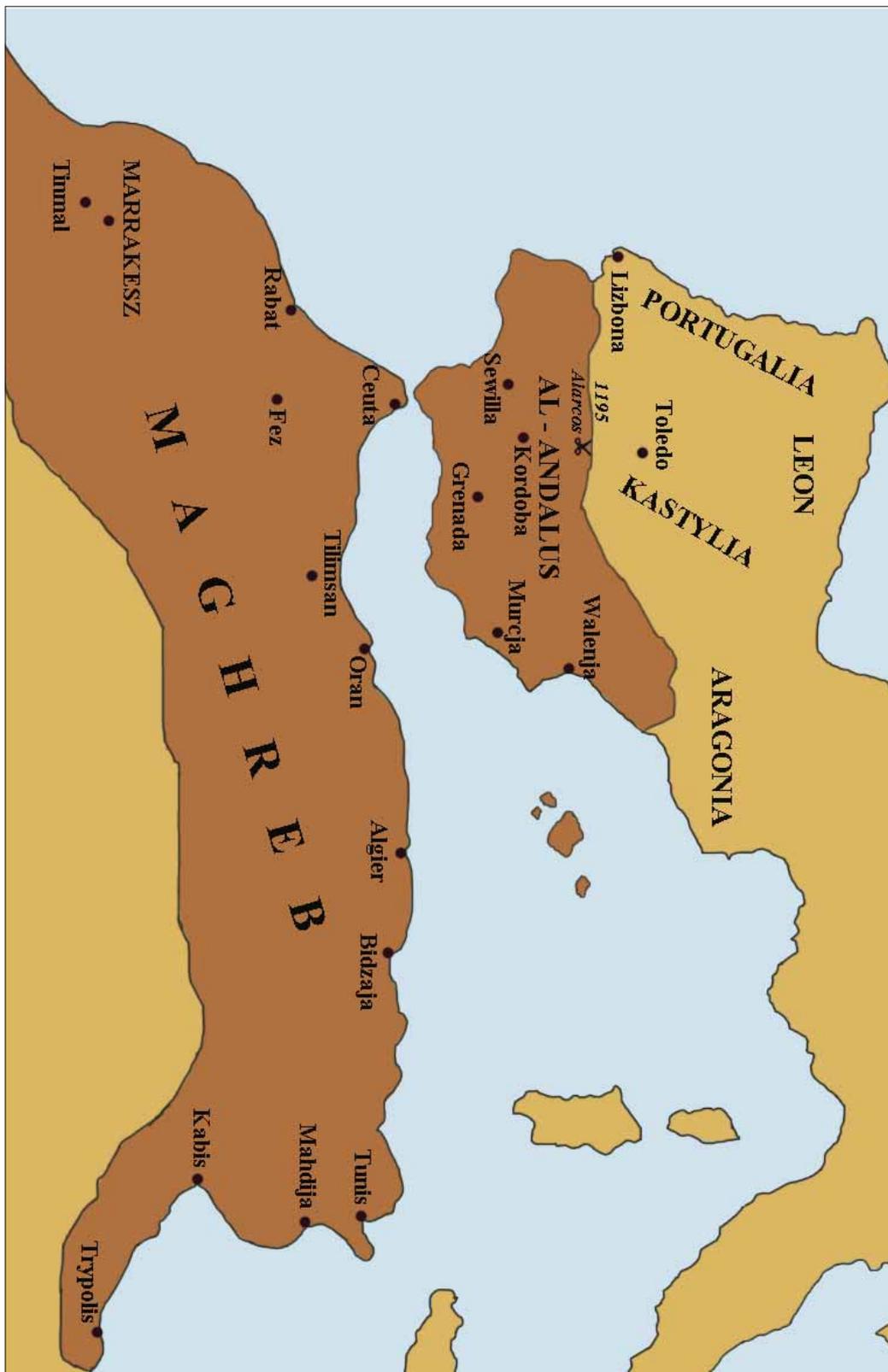
Miguel de Cervantes



La Cruz de la Victoria.
Cámara Santa de la Catedral de Oviedo.



Este mapa muestra la península ibérica en el año 929.



Mapa del imperio almohade.

6

El Suspiro del Moro

Mira ahora hacia el sur, al pie de dichas montañas, una línea de áridas colinas por la que camina pausadamente una larga recua de mulas. Allí se representó la escena última de la dominación musulmana. Desde la cima de una de esas colinas, el infortunado Boabdil lanzó su postrera mirada sobre Granada y dio rienda suelta a la angustia de su corazón. Es el Suspiro del Moro, lugar famoso en cantos y leyendas.

Cuentos de la Alhambra

Washington Irving

El siglo XIV nació marcado por el desastre. El mundo cristiano gemía sumido en una profunda crisis económica, moral, religiosa, demográfica y monárquica. De nuevo, los cuatro jinetes apocalípticos cabalgaban sobre la Tierra asolando los campos, aniquilando a los hombres, deteniendo el crecimiento de los reinos y destruyendo los pilares de la autoridad y la religión.



Estos eran los territorios de la corona de Castilla en el año 1400. Era el reino destinado a recuperar Granada de los musulmanes.

Bibliografía

- ABDERRAMAN JAH, Cherif. *Los aromas de al-Ándalus*, Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- ALFONSO X EL SABIO. *Antología*. Barcelona: Ediciones Orbis, 1983.
- ÁLVAREZ, Arturo; ANACLETO, Regina; NAVASCÚES, Pedro; LISS, Peggy; PÉREZ, Joseph; BERMEJO, Elisa; *ET AL. Isabel la Católica Reina de Castilla*. Barcelona: Lunwerg Editores, 2002.
- El sagrado Corán*, Barcelona: Editorial Musa, 1983.
- ESLAVA GALÁN, Juan. *Historia de España contada para escépticos*. Barcelona: Editorial Planeta, 2004.
- GARCÍA BALLESTER, Luis. *Historia social de la medicina en España: la minoría musulmana y morisca*. Madrid: Akal Editor, 1976.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, *Atlas de historia de España*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2003.